

# *El celtismo de Benito Vicetto*

JUAN RENALES

Al hablar de los primeros trabajos literarios de Benito Vicetto, suele remitirse a una estampa romántica<sup>1</sup>: la del joven soldado liberal, que, en persecución de las partidas carlistas, «tiña poéticas visionés nas longas horas de alerta, soñando agarrado ô fusil nas centinelas» en el abandonado convento de Sobrado dos Monxes, habilitado para cuartel, donde está fechada su primera novela: *El caballero verde* (1844), pero fechada en el 41<sup>2</sup>, que más tarde aparecerá con el título de *El caballero de Calatrava* (1863)<sup>3</sup>. Risco, en su artículo, imagina una escena de lectura colectiva de la novela en un cuerpo de guardia que describe con unas tintas novelescas no indignas del propio Vicetto.

Estas anécdotas son representativas de un personaje a quien el Tiempo, su dios, pagó la manía mitificadora con la misma moneda, convirtiéndolo a su vez en mítico, cosa que, por cierto, no le debía molestar mucho, porque él mismo se complacía en difundir estas historias.

Vicetto entra, pues, en la literatura como narrador. También por esta época debía estar escribiendo las narraciones que publicaría en diversos periódicos de Galicia y Madrid, y que recogería bajo el título de *Horas de insomnio* (1844)<sup>4</sup>. Una nueva

<sup>1</sup> Vicente Risco: «Vicetto o ou romantismo», en *Nos*, núm. 53-55, V-VII de 1928 (edición facsímil), Vigo, Galaxia, núm. 53, p. 83. Nicolás Fort y Roldán: «Benito Vicetto y Pérez», en *Los hidalgos de Monforte* (edición facsímil de la de La Coruña, Martínez, 1903), La Coruña, La Voz de Galicia, 1978, p. 7.

<sup>2</sup> El dato está en Fort y Roldán y Josefina López de Serantes. En la edición de 1863, sin embargo (*El caballero de Calatrava*, Madrid, 1863, impreso según reza la cubierta en la imprenta de Manuel Alvarez, y según la portada por la Biblioteca Universal), no aparece tal fecha, sino, en una dedicatoria a su madre, doña Josefa Pérez de Carballo, la del 22 de diciembre de 1842.

<sup>3</sup> Curiosamente, Murguía, *Los precursores* (edición facsímil de la La Coruña, Latorre y Martínez, 1886), La Coruña, La Voz de Galicia, 1976, p. 251, la llama *El caballero de la cruz verde*. También Benito Varela Jácome, «La prosa en Galicia en el s. XIX», en *Historia general de las literaturas hispánicas*, IV, 394.

Por su parte, Juan Ignacio Ferreras: *Catálogo de novelas y novelistas españoles del siglo XIX*. Madrid, Cátedra, 1979, no identifica ambas novelas, claro que no responde (núm. 2.113).

<sup>4</sup> En una carta dirigida a Navarro Villoslada en 1842, desde Oviedo, Vicetto le ofrece para su publicación poesías, leyendas y otras obras. La carta puede leerse en J. Simón Díaz, *Semanario Pintoresco Español*, p. LXXVII.

colección de artículos de tema medio histórico, medio legendario, aparece en 1851, *Crónicas españolas*, y este mismo año ve la aparición de *Los hidalgos de Monforte*. Según Fort y Roldán, también en 1851 se compromete a escribir la *Historia de Galicia*<sup>5</sup>.

Desde el principio, historia y narrativa son prácticamente simultáneas en la obra de Vicetto; más: la oposición entre historia y relato se da en el interior de cada obra. Lo cual, claro, no es característico tan sólo de este autor. Antonio Ferrer del Río, por ejemplo, publica en 1864, en el *Museo de las familias*, la narración «El nacimiento de un gran monarca», que define como «historia en forma de novela»<sup>6</sup>, y en la misma revista el conde de Fabraquer gusta de anteponer a sus narraciones legendarias el epígrafe: «Toda historia tiene algo de novela. / Toda novela tiene algo de historia.» En la época son abundantes las novelas cuyo título incluye la palabra historia. La indiferenciación de géneros que Montesinos halla en la narrativa del XIX<sup>7</sup> también incumbe a la propia definición de la narrativa frente a la historia; es decir, en definitiva, de lo literario frente a lo no literario.

El caso de Vicetto es claro. El lector de *Los hidalgos de Monforte* (al menos en la citada edición), llegando al final de la novela, se ve sorprendido porque de repente el autor cede la palabra a «un biógrafo moderno del mariscal Pardo de Cela»<sup>8</sup>, que no nombra. La cita ocupa ocho páginas. Una nota a pie de página en la *Historia de Galicia*<sup>9</sup> nos informa de que tal biógrafo es Ramón Revellón: «Ramón Revellón, Biografía del Mariscal Pedro Pardo de Cela, dirigida al autor, Mondoñedo, 1848 — é impresa parte de ella á la conclusión de Los Hidalgos de Monforte.» Los mismos materiales sirven para la construcción de la obra narrativa y la histórica; es más: la obra narrativa queda en cierto modo trunca sin las explicaciones que ofrece la histórica, y ésta está en parte construida para corregir o rectificar a aquélla. Ninguna de las dos puede tener una existencia autónoma. Gándara y Vasco da Ponte son otros historiadores citados en dicha novela. Del mismo modo, en *El último Roade*<sup>10</sup> nos encontramos con una bastante larga cita de Vereá y Aguiar que aparecerá también en la contemporánea *Historia de Galicia*<sup>11</sup> y un par de documentos relativos a la prisión

<sup>5</sup> Op. cit., p. 11.

<sup>6</sup> p. 210.

<sup>7</sup> *Introducción a una historia de la novela en España, en el siglo XIX*. Valencia, Castalia, 1955, pp. 177 ss.

<sup>8</sup> Ed. cit., vol. II, p. 424.

<sup>9</sup> *Historia de Galicia* (edición facsímil de la de Ferrol, Taxonera, 1865-73), Lugo, Alvarellos, 1978-9, vol. VI, p. 90, n. 2.

<sup>10</sup> De *El último Roade*, Fort y Roldán enumera las siguientes ediciones:

- a) en *El País*, de Pontevedra, 1857.
- b) en *La Ilustración*, de La Coruña, 1859.
- c) en *El Diario de La Coruña*, 1860.
- d) en *Biblioteca popular de Galicia*, 1861.
- e) en *Museo de las Familias*, de Madrid, 1862.
- f) en *La Verdad*, de Madrid, 1862.
- g) en Madrid, Zuluaga, 1864.
- h) En Ferrol, Pita, 1867.

A esta bibliografía se atiene Risco y también Josefina López de Serantes. Sin embargo de lo cual, la edición que manejamos es de Madrid, en el *Museo de las Familias*, pero de 1859, en cuyo tomo se encuentra a partir de la p. 169. Esta bibliografía viene a coincidir con la que trae el editor ferrolano Pita, en su encomiástico prólogo a la edición de 1867, de donde deben haberla tomado los demás.

<sup>11</sup> *Historia de Galicia*, ed. cit., vol. I, p. 235. *El último Roade*, ed. cit., p. 172, col. II.

de Francisco I de Francia en Pavia que se encuentran allí mismo<sup>12</sup>. También se envía al lector a Vereá y Aguiar al hablar del «pucho» montañés gallego<sup>13</sup>, al igual que en la *Historia de Galicia*<sup>14</sup>. Estos últimos ejemplos son más interesantes por cuanto *El último Roade* no es una novela histórica: la acción se sitúa en 1807, es decir, cincuenta años antes de la publicación, y Vicetto la incluye entre las «novelas sociales y de costumbres». Por esto puede resultar más sorprendente encontrar un capítulo entero dedicado a la historia del couso de Roade que sigue fielmente el plan general de la *Historia de Galicia*<sup>15</sup>. Una vez más, la historia y la novela se exigen mutuamente. Y lo mismo sucede en la tradición «La loca de Roupar», publicada en el *Semanario Pintoresco* en 1844, donde se dedica un párrafo a narrar, casi a aludir a unos acontecimientos que sucedieron en las cercanías de Roupar en el siglo xv, cuando la historia se desarrolla en 1834, según el propio autor. Un párrafo no es poca cosa en una narración que ocupa apenas una página de la revista.

Al igual que las obras narrativas apelan a las históricas, también sucede al revés. Ya hemos apuntado cómo en la *Historia de Galicia* hablaba de *Los hidalgos de Monforte*, disculpándose de algún error histórico aparecido en la novela, primero con su juventud y luego con el carácter creativo de aquella<sup>16</sup><sup>17</sup>. Pero, a continuación, vuelve a afirmar que lo dicho entonces en novela sigue siendo esencialmente cierto en historia. Y en *El último Roade*, que es novela y bastante folletinesca por cierto, se nos asegura: «Escribimos una historia, y cuando escribimos una historia nos replegamos religiosamente a los datos que recogimos para ella»<sup>18</sup>. También cuando en la *Historia de Galicia* se ocupa de los suevos, insiste en la diferencia entre historia y novela; pero, por si acaso, manda en nota a su obra *Los reyes suevos de Galicia, historia dramática*<sup>19</sup>. Esta obra es especialmente ejemplar en este aspecto. Ferreras (loc. cit.) dice explícitamente que es novela, y así es; pero Vicetto, sin embargo, no opina igual, cuando afirma: «el novelista histórico vendrá en pos de nosotros»<sup>20</sup>. También dice que no es «historia propiamente dicha»<sup>21</sup>. Sin embargo, no deja de referirse reiteradamente a un manuscrito que dice haber encontrado en Sobrado, y que debe ser el mismo que cita en *Historia de Galicia*<sup>22</sup>, y, de modo aún más llamativo, incluye páginas enteras de Huerta y Vega, hasta el punto de que el tomo III tiene mucho más

<sup>12</sup> *Historia de Galicia*, ed. cit., vol. VI, pp. 309-11. *El último Roade*, ed. cit., p. 261, col. II.

<sup>13</sup> ed. cit., p. 256, col. II.

<sup>14</sup> ed. cit., vol. I, p. 92, donde también remite a la autoridad de Puente y Brañas.

<sup>15</sup> ed. cit., pp. 170-172.

<sup>16</sup> ed. cit., vol. VI, pp. 93 ss.

<sup>17</sup> «Entonces escribíamos como poetas, y todo nos era dado; hoy escribimos como historiadores, y la imaginación tiene que supeditarse á la esactitud ineludible del hecho», *ibid.*

<sup>18</sup> ed. cit., p. 258, col. I. Por cierto que Vicetto no llama a *El último Roade* ni novela ni historia, sino tradición, destinada a aparecer, junto con otras obras, en un *Album de un viage por Galicia* que dice Vicetto estar escribiendo, pero que no debió hacer, porque no lo encontramos mencionado por ningún autor. Una obra narrativa, pues, incluida en un libro no esencialmente narrativo, como deja presumir el título.

<sup>19</sup> *Historia de Galicia*, ed. cit., vol. II, p. 249. De todos modos, Vicetto tiene por costumbre citarse a sí mismo. Cf., por ejemplo, *El último Roade*, ed. cit., p. 171, n. o *Los hidalgos de Monforte*, ed. cit., vol. I, p. 48. Otras veces cita a Victor Basben, que es él mismo; o se constituye en su editor.

<sup>20</sup> *Los reyes suevos de Galicia*, Coruña, Míguez, 1860, II, 154. Aunque Fort y Roldán dice que son dos volúmenes de 190 y 104 pp. respectivamente, en realidad son tres tomos de 190, 194 y 104 pp.

<sup>21</sup> *Ibid.*, II, 80.

<sup>22</sup> *Ibid.*, II, 296.

de este analista que del propio Vicetto. En un artículo publicado en el *Semanario Pintoresco* sobre el castillo de Andrade<sup>23</sup>, de carácter también histórico, promete la publicación del «drama» *Rojín Rojal*, novela que aparecerá en 1857<sup>24</sup>. De esta manera no es de extrañar que desde el prólogo de la *Historia de Galicia*, afirme que va a hacer una «historia narrativa», es decir una «narración correlativa y cronológica de los sucesos prósperos o adversos que constituyen su vida [de Galicia]»<sup>25</sup>. Más tarde, adelantándose a sus impugnadores, niega que la historia sea una ciencia, y por lo tanto que tenga en la sociedad el papel director reservado a ella: el historiador es para él «un mísero narrador»<sup>26</sup>. Mucho hay de modestia puramente retórica en ello. Al menos, en el prólogo de *Los hidalgos de Monforte*, cuando explica lo que se propone con su obra, emplea indistintamente los términos historiador y novelista, añadiendo «cicerone fantástico», y concluyendo: «como queráis denominarle»<sup>27</sup>.

En 1848 Benito Vicetto escribe la balada *Hiar-Treva*<sup>28</sup>. Risco, que se dio cuenta de su importancia, la resume en su artículo. Porque esta obra, que en principio es puramente narrativa, es muy semejante a los primeros capítulos de la *Historia de Galicia*. Al igual que ellos, esta balada es un mito fundacional de Galicia, y ya tenemos un nuevo género que se mezcla en Vicetto con la historia. Vicetto escribió otra balada, *Stellina*, que apareció en el *Semanario Pintoresco* en 1845<sup>29</sup>, y en el *Museo Universal* (XII, 1868), «Baladas del Génesis. La vergüenza. La envidia». Entre las poesías de Vicetto, muchas se designan como baladas, lo que suele coincidir con la aparición del estribillo.

La balada era un género entonces en boga. Baquero Goyanes dice de ella que «se caracteriza por el amaneramiento expresivo, que lleva a los autores a adoptar como forma narrativa una, intermedia entre verso y prosa, que consistía en algo así como el versículo prosificado, distribuido en capítulos muy breves, y remedando tal vez el estilo y técnica de las primitivas sagas y escaldas nórdicas»<sup>30</sup>. Para este autor la inspiración principal de las baladas está en las baladas alemanas, que se traducen e

<sup>23</sup> Núm. 47, del 20 de noviembre de 1853, p. 369.

<sup>24</sup> De modo simétrico, cuando en la *Historia de Galicia* relata la sublevación de los burgueses de Allariz, la define como «historia dramática» (VI, 139), y más tarde dice: «Incrustaremos en este período histórico el drama de *los villanos de Allariz*, tal como nos lo facilitó el distinguido arqueólogo señor Barros Sibelo.» El subrayado es de Vicetto, y es curioso, porque parece que, en efecto, se tratase de una obra literaria aparte, «incrustada» en el cuerpo del libro.

<sup>25</sup> Ed. cit., vol. I, pp. 1-2 mo.

<sup>26</sup> *Ibid.*, p. 77. Parecidas consideraciones sobre la historia y sus relaciones con la narración, que sería prolijidad citar aquí, se encuentran en *Los reyes suevos de Galicia*, ed. cit., pp. I, 79, II, 80, etc.

<sup>27</sup> Cf. *Los hidalgos de Monforte*, ed. cit., vol. I, pp. 44-45.

<sup>28</sup> Según Josefina López de Serantes, *Benito Vicetto ñorado*, Lugo, Alvarellos, 1978, p. 59, donde, sin duda por errata, la obra se denomina Hiar-Ireva. Pero Risco, op. cit., núm. 53, p. 86, col. II, dice que está en Víctor Basben, y así es. Forma la segunda parte de esta curiosa novela corta.

<sup>29</sup> Esta balada es muy puramente narrativa; no hay excursos de carácter histórico en ella. Pero muy curiosamente el relato se asemeja mucho al de «La loca de Roupar», que viene a ser una *Stellina gallega* del siglo XIX. También *Stellina* nos evoca ineludiblemente a la *Ildara* de *Los hidalgos de Monforte*, en su primera entrevista con Amaro de Vilamelle.

<sup>30</sup> *El cuento español en el siglo XIX*, Madrid, Revista de Filología Española, anejo L, 1949, p. 104. Es evidente para todo el que haya leído antiguas sagas nórdicas que no están escritas en versículos. Por otra parte, un escalda es un poeta y no un género literario, como parece indicar el texto citado.

Conviene apuntar que también existieron baladas en verso en el siglo XIX español.

imitan con frecuencia. Pero hay que añadir también lo céltico. Es indudable que en cuanto a traducciones fingidas, no se podía competir con Macpherson, compilador presunto de antiguas baladas. Parece poco dudoso que la prosa rítmica y cadenciosa de Macpherson<sup>31</sup>, que daba, según Blair, números poéticos a la prosa<sup>32</sup>, haya influido en los autores españoles de baladas. Baquero Goyanes, en la página citada, agrupa con otras baladas la traducción del *Carthon* de Ossian / Macpherson que publica J. Rúa Figueroa en el *Semanario Pintoresco* en 1852<sup>33</sup>. José Rúa Figueroa era hermano de Ramón, el que dedicó a Vicetto el soneto *Nostalgia* con ocasión de la publicación de *Los hidalgos de Monforte*. También Murguía, otro entusiasta lector de dicha obra e íntimo amigo de Vicetto, escribió baladas<sup>34</sup>. Pueden darse más ejemplos de asociación de la balada con lo celta. El *Album Pintoresco Universal* de Barcelona publica en 1841 una narración titulada «El lago de las hadas», cuya acción se desarrolla en Irlanda, que incluye una balada. Un artículo titulado «La abadía de Melrose», especie de leyenda de ambiente escocés, trae la traducción de una larga balada de Walter Scott<sup>35</sup>. De hecho, en la época no debía estar aún muy diferenciada la idea de lo celta de la de lo germano, y sí más clara la oposición común de ambos a lo greco-latino, idea que ya está en Mme de Staël, por supuesto.

En todo caso, Vicetto habla de «baladas irlandesas»<sup>36</sup>, y más sorprendentemente de baladas gallegas: «baladas y cuentos de moros de nuestros montañeses», de las que llega a citar un fragmento: «noites d' os músicos e dos namorados, como dice una balada del país»<sup>37</sup>. Ya al final de su vida, en el prólogo al *Romancero de Galicia*, de Victorino Novo, fechado en mayo de 1878 (Vicetto morirá el 29 de mayo)<sup>38</sup>, que por su estructura formal es una balada, vuelve a emplear la palabra, en párrafo de extraña sintaxis: «en baladas de mágica dulzura, dar al viento las batallas de gloria y de amor que ensangrentaron la plata móvil de tus [de Galicia] ríos.» Es curioso que en una obra que cierra la producción de su autor se encuentren frases tan semejantes a las que se pueden leer en el prólogo de *Los hidalgos de Monforte*, obra casi juvenil. Las primeras partes de la *Historia de Galicia* no sólo se parecen a la balada *Hiar-Treva* en el procedimiento mitificador, como dijo Risco, sino en la estructura formal<sup>39</sup>. Prosa rítmica y cadenciosa, versículo, párrafo breve, todo esto se encuentra en los primeros volúmenes de la *Historia de Galicia* y es, además, muy adecuado para quien pretende por un lado revelar una especie de Génesis gallego, y, por otro, enlazar con una tradición céltica (ambas tradiciones son, de todos modos, una sola para Vicetto). Y recordemos las «Baladas del génesis».

No es la balada el único género narrativo que deja su huella en la *Historia de Galicia*. También el folletín, alguna de cuyas marcas formales puede coincidir con las de la balada (capítulos brevísimos y que no corresponden a la articulación del

<sup>31</sup> Cf. Isidoro Montiel, *Ossian en España*, Barcelona, Planeta, 1974, p. 34.

<sup>32</sup> En su *Retórica*, I, 83, citada por Montiel en la citada obra.

<sup>33</sup> 1852, 212-5.

<sup>34</sup> Cf. Baquero Goyanes, *ibid.*

<sup>35</sup> pp. 259 y 138, respectivamente.

<sup>36</sup> *Los hidalgos de Monforte*, ed. cit., vol. I, p. 251.

<sup>37</sup> *El último Roade*, ed. cit., pp. 195, col. II y 270, col. I, respectivamente.

<sup>38</sup> La Coruña, Martínez, 1887.

<sup>39</sup> Uno y otra volvemos a encontrar en otras obras de carácter histórico, como *Los reyes suevos de Galicia*.

relato<sup>40</sup>, frase-párrafo)<sup>41</sup>. Una buena muestra de ello es el episodio de la muerte de Viriato<sup>42</sup>, especialmente si se compara con otras narraciones románticas del mismo episodio, como la de Fernández Villabril en el *Museo de las familias*<sup>43</sup>. Da la impresión de que esto que decimos confirma la anécdota, repetida, de que cuando Vicetto se puso a escribir la *Historia de Galicia* no había en su mesa más que sus propias novelas y bastantes recortes de prensa<sup>44</sup>. Esto lo confirma Risco con unas interesantes consideraciones sobre la historia romántica. Pero no puede ser. El propio Vicetto en el prólogo dice que piensa tomar materiales de numerosos autores «y muchas veces hasta las palabras»<sup>45</sup>. Además, basta hojear el primer tomo para ver citados, a menudo extensamente, a numerosos autores, desde Flavio Josefo hasta Madoz, pasando por Florián de Ocampo. Como hemos visto, las citas de historiadores también menudean en las obras narrativas. En la *Historia de Galicia*, o en *Los reyes nuevos en Galicia*, la tendencia a la cita se acentúa hacia el final, donde realmente se hacen difíciles de discernir los límites de la obra de Vicetto, verdadero mosaico.

Históricas o narrativas, estas obras de Vicetto son vehículo de las mismas ideas. En particular, el celtismo.

En *Los hidalgos de Monforte*, lo celta aparece bajo dos formas distintas. En la primera, los personajes de la novela son comparados con otros de la literatura o el folklore celta; la comparación se introduce por un «como». Es decir, son referencias ajenas a la estructura misma de la narración. Así, Mauro de Lecín: «Aquel gallardo joven, tan pintorescamente vestido (...) á toda la carrera de su arrogante caballo negro. Si se hubiera visto á la hora del crepúsculo, indudablemente que se hubiera tomado por uno de esos elegantes donceles de las baladas irlandesas, mitad reales, mitad fantásticos, como el Hamlet de Shakespeare. Tal era la velocidad con que hendía los aires aguijoneando á su caballo, y tales las formas que uno y otro tomaban de tiempo en tiempo»<sup>46</sup>; el conde de Monterrey «se presentó en la cámara, grave y terrible como uno de esos fantasmas vengadores de las supersticiones poéticas de todos los pueblos del mundo, como el demonio del bosque de Glennore, Llam-Dear ó

<sup>40</sup> *Historia de Galicia*, ed. cit., vol. II, p. 47, tiene cuatro capítulos. En el vol. I, p. 88, se lee el siguiente capítulo: «Tal era aquella nacionalidad *materialmente*.» En el vol. II, p. 253, este otro: «¿Y quién atestigua la realidad de este rey de Galicia?»

San Gregorio de Tours.

Veréis porque circunstancia»,

Hay que tener en cuenta, sin embargo, que estas características van disminuyendo a medida que avanza la obra.

<sup>41</sup> Cf. Juan Ignacio Ferreras, *La novela por entregas, 1840-1900*, Madrid, Taurus, 1972, p. 238.

<sup>42</sup> *Historia de Galicia*, ed. cit., vol. II, pp. 26-7.

<sup>43</sup> Septiembre de 1848, p. 194. Da la impresión de que Vicetto ha tenido en cuenta este artículo para redactar su capítulo en la *Historia de Galicia*.

*Los hidalgos de Monforte* se publicó en Madrid por entregas en 1857 (aparece anunciada la salida de la primera en *La España*). También Murguía aspiró a convertirse en novelista por entregas, según cuenta Julio Nombela en sus memorias *Impresiones y recuerdos*, Madrid, Tebas, 1976, pp. 725 y ss.

<sup>44</sup> Fort y Roldán, op. cit., pp. 13-14; López de Serantes, op. cit., p. 77; Risco, op. cit., n. 54, p. 110.

<sup>45</sup> Ed. cit., vol. I, p. 9.

<sup>46</sup> Ed. Cit., vol. I, p. 251. No sabemos decir si Vicetto afirma que Hamlet es un personaje mitad real, mitad fantástico, o si también lo convierte en irlandés, tal vez confundiéndolo con el escocés Macbeth.

Mano roja»<sup>47</sup>; el criado Tristán: «y un hombre salió de la cámara al mismo tiempo, veloz y misterioso como un brownien, uno de esos duendes maravillosos de las baladas escocesas del golfo de Corrivrekan»<sup>48</sup>; los irmandiños, «aquellos republicanos del siglo xv, graves y melancólicos entonces, como los reyes de la vieja Escocia al tétrico Macbeth»<sup>49</sup>, y, por fin, el hidalgo de Canaval: «la pálida figura del hidalgo de Canaval apareció entre ellos, grave, silenciosa y siniestra como la estatua del Comendador ó el espectro terrible de Oscar de Alva de Byron»<sup>50</sup>.

El mismo tipo de alusiones se puede encontrar en otras novelas de Vicetto, como *Rojín Rojal*<sup>51</sup> o *Los reyes suevos de Galicia*<sup>52</sup>.

Algunos personajes de la Edad Media gallega se van identificando de esta manera con otros más o menos relacionados con lo celta. Pero otras veces lo gallego se designa directamente como celta. Desde el principio del libro, donde se dice del Miño que «cuanta sangre inocente ó culpable se ha derramado en ella desde la dominación de los celtas hasta nuestros días, toda la arrastró el mar (sic, por al mar) en su marcha eterna»<sup>53</sup>. Luego, ya al final, dos de los hermanos de Galicia se refugian en un castro (¿casualidad o voluntario símbolo?), lo que permite a Vicetto extenderse: «Llámanse *mámoas* o *castros* en el país, a una especie de reductos que coronan los cerros aislados, vestigio de los celtas sus primitivos pobladores, y donde, según las investigaciones de unos anticuarios, celebraban aquéllos los misterios de su secta religiosa; si bien otros disidentes y los presentan como sepulcros donde se encerraban las cenizas de los muertos de aquella nación, que todo lo abarcaba en estos tres grandes principios; *fraternidad, patriotismo y religión.*» Y añade en nota: «Los eruditos modernos dicen que muchos castros son erecciones de los normandos; especie de circos que levantaban para defenderse los naturales conforme se iban posesionando del país»<sup>54</sup>. En esta cita están en germen muchas de las ideas que aparecerán en la *Historia de Galicia*: pero es interesante la comparación. En la novela Vicetto confunde *mámoa* y castro, lo que ya no ocurrirá en la *Historia de Galicia*. Afirma claramente que los castros son obra de los celtas; pero luego lo pone en duda, lo que será inconcebible en la *Historia de Galicia*. Concede a los castros una función religiosa o funeraria; de manera que no tiene aún claramente establecida la oposición de tres términos que expone en la *Historia de Galicia*: *lubre o santuario, mámoa o sepulcro, castro o poblado*. La idea de que el castro pudiera tener una función defensiva sólo aparece en el caso de que los castros hayan sido crigidos por los normandos. En 1860 Vicetto distingue entre los *lucos*, bosques sagrados de los primitivos gallegos, las *mámoas*, templos celtas, y los castros, fortificaciones romanas o suevas<sup>55</sup>.

Es digno de notarse que las referencias a lo celta no indígena son bastante precisas; mucho más, desde luego, que las que podrían derivarse del ossianismo ambiente.

<sup>47</sup> Ed. cit., vol. I, p. 454.

<sup>48</sup> *Ibid.*, p. 460.

<sup>49</sup> *Ibid.*, vol. II, p. 69.

<sup>50</sup> *Ibid.*, vol. II, p. 356. *Oscar of Alba* es una obra juvenil de Byron plenamente inspirada en las baladas de Ossian / Macpherson.

<sup>51</sup> Véase J. Rubia Barcia, *Mascarón de proa*, Sada, Castro, 1983, p. 149.

<sup>52</sup> En el prólogo, sin paginar, en que se refiere a los reyes de Escocia ante los ojos del tétrico Macbeth.

<sup>53</sup> Ed. cit., vol. I, p. 47.

<sup>54</sup> *Ibid.*, vol. II, p. 341.

<sup>55</sup> *Los reyes suevos de Galicia*, ed. cit., prólogo y I, 17 y 141.

<sup>56</sup> La «l» inicial está, además, sin duda para representar la /L/ inicial, sin lenición.

Llam-dear, por ejemplo, es forma bastante cercana a *lámh dhearg* (irl.)<sup>56</sup>. Por otra parte, todas ellas mandan al ámbito de lo irlandés y escocés. Más precisamente que celtismo, hay que hablar aquí de gaelismo. Esto hace pensar en una influencia antes que nada ossiánica. La importancia del ossianismo en la literatura española ya ha sido estudiada en varias ocasiones. Desde luego, si hemos de aceptar como elementos ossiánicos los que Isidoro Montiel detecta en Espronceda<sup>57</sup>: sentimiento de la naturaleza, caballeros misteriosos como fantasmas, canciones de trovadores y bardos, festines y simposios en castillos, todos ellos se repiten en *Los hidalgos de Monforte* y otras novelas con frecuencia. A ellos, tal vez propios del romanticismo en general, cabría añadir otros igualmente significativos o más: la relación que se establece entre los hidalgos y el conde, los torneos verbales, la búsqueda de unos nombres de resonancia exótica y vagamente nórdica, aun cuando muchas veces sacados de la toponimia gallega, para los personajes<sup>58</sup>, o la historia del hijo del mariscal Pardo de Cela, que tiene bastantes puntos de contacto con el episodio de Clessamor, Moína y Carthon (precisamente éste es el poema que tradujo J. Rúa Figueroa).

Pero, como hemos dicho, Ossian no basta. La toponimia / antroponimia ossiánica no puede explicar las precisas referencias de Vicetto<sup>59</sup>. Puede pensarse también en Walter Scott, que en la época aparecía más cercano al celtismo de lo que hoy pensaríamos. Al menos, tal imagen se desprende de un artículo publicado en el *Museo de las familias*<sup>60</sup>, donde se nos pinta a un Walter Scott gaélico-parlante, conocedor de las antiguas baladas y leyendas, y resto de la raza antigua anterior a la llegada de los ingleses. Por cierto, que en este artículo Walter Scott dice —o se le hace decir—: «lo que les agrada a los lectores es el recuerdo que traigo á su imaginación de los sitios y de los parages que han recorrido en su infancia.» Es exactamente lo que en sus novelas hace Vicetto, y Murguía, en *Los precursores*, insiste repetidamente sobre ello.

Hay que tener también en cuenta —y pensemos en la anécdota de Vicetto empezando a redactar la *Historia de Galicia*— lo que pudo sacar de la prensa. Y pudo ser mucho, porque lo celta, gracias a la fama de Ossian como a los sucesos de la actualidad y la historia reciente, estaba de moda. Existen en la prensa de la época numerosos artículos y relatos de tema o ambiente céltico, algunos de los cuales incluyen palabras en gaélico o irlandés con bastante exactitud<sup>61</sup>, sin olvidar que también en el teatro se representaron obras de tema celta.

<sup>57</sup> Op. cit., pp. 129-30.

<sup>58</sup> Es posible que una utilización «ossiánizante» de la toponimia gallega, que tanto desarrollará y aprovechará Pondal en su poesía, proceda de aquí. Algo de esto dice Murguía en *Los precursores* (ed. cit., p. 245): «Nadie como él sintió la armonía de los nombres de lugares.» Esta idea la recoge Carballo Calero en su *Historia da literatura galega contemporánea* (Vigo, Galaxia, 1981, p. 117): «Personificacións lendarias de topónimos as que o bergantiñán era tan afeitoado, e que teñen precedentes no propio Vicetto», aunque pensando sin duda más bien en los primeros capítulos de la *Historia de Galicia* y en *Hiar-Treva*, como Risco, op. cit., núm. 53, p. 86, col. II, 87, col. I. La armonía de los nombres de lugares, sin asignarles ningún valor celtista, ya era procedimiento poético en Pintos Villar y Mirás.

<sup>59</sup> Cuando no totalmente obra de la fantasía, los nombres de personas y lugares en Ossian son nombres gaélicos malamente oídos y transcritos por una persona poco acostumbrada a la fonética del gaélico, lo que los desfigura hasta hacerlos irreconocibles. Así, por ejemplo, Cuthulin por CúChulainn, con confusión de [h] y [X.], Conar por Conchobar, Temora por Teamra, acusativo de Temair, y demás. Como hemos visto, esto no sucede en Vicetto.

<sup>60</sup> 1857, pp. 41 y ss.; «Walter Scott y su familia» es el título del artículo.

<sup>61</sup> No pretendo, por supuesto, estudiar detenidamente las fuentes de Vicetto, sino apuntar algunas influencias importantes.



El gaelismo de Vicetto no es casual. A lo largo de la *Historia de Galicia* Vicetto afirma varias veces que los celtas son distintos de los galos, y que es a éstos a quien hay que atribuir determinados fenómenos generalmente admitidos como celtas, tal el druidismo, o el politeísmo<sup>62</sup>. Los galos serán, si, descendientes de los celtas, pero degenerados en su contacto con pueblos no celtas como los «kymry»<sup>63</sup>. Si bien, fácilmente recuperables al volver a sus raíces. Incluso como el bardismo le parece inseparable del druidismo, se ve obligado a contradecir a Silio Itálico en el célebre pasaje donde afirma que los guerreros galaicos iban al combate aullando poemas en sus lenguas patrias. Es llamativo esto, porque por lo demás Vicetto sigue muy fielmente a Silio Itálico<sup>64</sup>. Los galos, vueltos de Francia, según Vicetto invadieron Galicia y dieron su nombre a sus pobladores (gallegos o galiegos, galo-griegos), pero ésta es su única aportación<sup>65</sup>.

Es claro que cuando Vicetto arremete contra los partidarios del origen ultrapiresnaico de los celtas apunta también a Murguía<sup>66</sup>. Vicetto, en cambio, respeta profundamente lo irlandés, lo gaélico en general, porque estos descendientes de los celtas gallegos —Vicetto no se priva de incluir en su libro el mito de la invasión gallega de Irlanda— se han mantenido puros en su aislamiento. Le irrita vivamente ese «celtismo francés», popularizado desde principios de siglo por las múltiples traducciones de *Los mártires* de Chateaubriand (el episodio de Vélèda llegó a publicarse aislado), obra que, sin embargo, utiliza en la *Historia de Galicia*<sup>67</sup>, por la *Norma* de Bellini con libreto de Romani, tomado de una tragedia de Soumet, que se estrenó en Madrid en 1834<sup>68</sup> y se representará numerosas veces a lo largo del siglo, y que despertaba el entusiasmo de Vicetto como de tantos otros contemporáneos<sup>69</sup>; o en otras obras de tema gálico, como *La Sacerdotisa Druida*, novela publicada en Valencia en 1832, traducida probablemente por López Soler<sup>70</sup>, donde aparece,

<sup>62</sup> Ed. cit., vol. I, pp. 90-91. Opinión diferente en *Los reyes suevos de Galicia*, ed. cit. I, 17, donde habla de druidas celtas en Galicia.

<sup>63</sup> Ed. cit., vol. I, pp. 124, 258, 313-14, vol. VII, p. 297: «Milagrerías de santos y de costumbres célticas de Francia e Inglaterra.» Ni que decir tiene que hoy sabemos que los cymry (<com-broges, 'los del mismo país'), que son los galeses, son celtas, que su existencia como tal pueblo es bastante tardía y no tienen nada que ver con los cimbrios ni los cimerios.

<sup>64</sup> *Ibid.*, vol. I, p. 320. Según Vicetto, lo que Silio Itálico tomó por poemas fue un alalá seguido de un aturuxo (!).

<sup>65</sup> *Ibid.*, vol. I, p. 259. Por cierto, que el término *galo-griegos* no es neologismo vicettiano, como podría parecer, sino que tiene un muy antiguo precedente. El licenciado Pedro Vázquez de Orjas, que pretendía del rey de Castilla el monopolio de la explotación de los tesoros que creía poder encontrar en las mámoas, las llama en 1606 sepulturas de gentiles galigrecos (Andrés Martínez Salazar: «Sobre apertura de mámoas a principios del siglo XVII», en *Algunos temas gallegos*, vol. II, La Coruña, Castro-Moret, 1981, pp. 121 y ss.)

Emplean la palabra Julio César y Tito Livio, a más de Orosio, muy consultado y citado por Vicetto, pero referida a los gálatas de Anatolia. Para Vicetto no debía estar muy clara la diferencia, cuando hace al obispo arriano Ajax de Galia en la *Historia de Galicia* y de Galicia, en *Los reyes suevos de Galicia*.

<sup>66</sup> Cf. Risco, op. cit., núm. 55, p. 127, col. II.

<sup>67</sup> Ed. cit., vol. I, pp. 71 y 77, aunque corrigiendo alguna afirmación de Chateaubriand.

<sup>68</sup> Larra escribe la crónica del estreno en un gracioso artículo, donde, por desgracia, para nada habla de la obra. Puede leerse en el vol. 127 de la B. A. E.

<sup>69</sup> Cf. *Historia de Galicia*, ed. cit., vol. I, p. 23. También, por ejemplo, de Bécquer, según la anécdota que trae Nombela, op. cit., pp. 375-6. En esta misma obra se pueden encontrar más referencias a la popularidad de este autor que era tal que los periódicos anunciaban su retrato, y que también era tema debatido en tertulias la comparación de Bellini y Donizetti.

<sup>70</sup> López Soler era admirador y émulo de Walter Scott, Ossian y Moore. Cf. Allison Peers,

adornando un argumento sospechosamente semejante al de la ópera, toda la guardarropia galo-germánica, aunque con menos fantasía que en *Norma*. No es difícil tampoco encontrar noticias relativas a la religión druidica en la prensa romántica<sup>71</sup>. Aunque Stuart Piggott hace derivar la *Norma* del romanticismo inglés<sup>72</sup>, lo que no parece necesario, reconoce la existencia de una tradición celtista francesa con características propias en el romanticismo<sup>73</sup> y ya desde mediados del XVIII; con raíces, claro es, más atrás. Una de estas características es el haber servido a la creación de una mitología patriótica, no como en Inglaterra, aunque sí probablemente en Gales y Cornualles<sup>74</sup>. De todos modos, druidismo «francés» o «inglés» no se distinguen mucho para Vicetto, como hemos visto, que opone de manera clara lo gaélico a lo galo/británico, negando la celtidad, o al menos la pureza de la celtidad, a esto último. Una vez más, podemos pensar en Ossian: en Ossian, hace notar Stuart Piggott, no hay druidas<sup>75</sup>.

¿A qué viene este empeño en separarse de lo galo y britónico? En *Los hidalgos de Monforte* las referencias a lo celta indígena tienen la función de identificar a los gallegos actuales con los celtas prerromanos. Los «tres grandes principios» de la «nación» celta, fraternidad, patriotismo y religión<sup>76</sup> corresponden exactamente al lema forjado por Vicetto para los irmandiños. Más tarde, cuando en II, 426 y 432 (la primera vez citando a Revellón), identifica a los gallegos insurrectos en 1846 con los irmandiños, ya se convierte a aquéllos en celtas. En la *Historia de Galicia*<sup>77</sup> se compara a los últimos celtas resistentes en el monte Medulio con los revolucionarios resistentes en San Martín de Santiago. Más tarde (II, 178) se les comparará con los mártires cristianos. La idea es clara, y es la que claramente se expresa al final de la *Historia de Galicia*: «Galicia siempre será la misma; públenla los brigantinos, los celtas, los fenicios, los griegos, los cartagineses, los romanos, los suevos, los godos y los árabes»<sup>78</sup>. La galleguidad para Vicetto es cosa eterna, e imagina a los indígenas prerromanos combatiendo tocados con monteras, calzados con zuecos, armados con hoces y gritando aturuxos al son de la gaita<sup>79</sup>. Los guerrilleros de la francesada son

---

*Historia del movimiento romántico español*, Madrid, Gredos, 1954, I, p. 189 y 205-6, y I, p. 129, y Vicente Lloréns, *El romanticismo español*, Madrid, Castalia / Fundación Juan March, 1979, p. 305.

<sup>71</sup> Cf. por ejemplo en el *Semanario pintoresco* del 13 de noviembre de 1853 el suelto «El Muérdago», o en *El Museo de las Familias*, 1846, p. 84, el artículo de Basilio Sebastián Castellanos, donde presenta a los bardos como cantores de la libertad — de manera bastante confusa —, o en la Introducción de la *España artística y monumental*, de Escosura, publicada en el *Album pintoresco universal*, de Barcelona, 1841, p. 398, en que se identifican los dólmenes (con especial referencia a Galicia) con altares druidicos, etc.

<sup>72</sup> *The Druids*, Hardmonsworth, Penguin, 1974, pp. 174-5.

<sup>73</sup> *Ibid.*, pp. 140-1.

<sup>74</sup> *Ibid.*: para Gales esp. lo referido a Iolo Morgannwg; para Cornualles, cf. P. Barresford Ellis, *The Cornish language and his literature*, Ron Hedge & Regan Paul, London, 1974.

<sup>75</sup> *Op. cit.*, p. 139.

<sup>76</sup> *Los hidalgos de Monforte*, ed. cit., vol. II, p. 341.

<sup>77</sup> *Ed. cit.*, vol. II, p. 68.

<sup>78</sup> *Ibid.*, vol. II, p. 519.

<sup>79</sup> *Ibid.*, vol. I, p. 326. Cf. el poema de Rosalía de Castro, en *En las orillas del Sar*, «Los Robles»:

«...escueta montaña  
donde un tiempo la gaita guerrera  
alentó de los nuestros las almas  
y compás hizo al eco monótono  
del canto materno...»

insistentemente comparados a los galaicos que combatían contra Augusto por el sencillo procedimiento de dar a aquéllos los nombres de las tribus de éstos. Todos los rasgos distintivos de lo gallego, en resumen, han existido según Vicetto desde los tiempos míticos. Cuando en *El último Roade* se dedica un capítulo entero a contar la historia del couso (capítulo muy curioso porque envía al lector, por un lado, a otras obras narrativas de Vicetto, y, por otro, su estructura es la misma de la *Historia de Galicia*), ¿qué puede pretenderse sino insertar al protagonista en una historia iniciada por los brigantinos y definitivamente conformada por sus descendientes los celtas? Pues fueron ellos los que dieron su nombre a Roade, según Vicetto, que aquí sigue a Vereá y Aguiar<sup>80</sup>.

La costumbre de alumbrarse con hachas de paja torcida<sup>81</sup>, sobre la que se insiste en *El último Roade*<sup>82</sup>; el aturuxo, que curiosamente dos veces se compara, por su efecto en el corazón del gallego, con la música de Bellini<sup>83</sup>, las fiadas, foliadas y filazones<sup>84</sup>, el tipo racial<sup>85</sup>, la división entre montañeses y «marinaos», pescadores y labriegos<sup>86</sup>, el culto a la madre<sup>87</sup>, la arquitectura popular<sup>88</sup>, las peregrinaciones y romerías<sup>89</sup>, los gorros<sup>90</sup>, la gaita y los zuecos, con los hórreos<sup>91</sup>, la tendencia a la emigración<sup>92</sup>, el carácter desconfiado<sup>93</sup>, todo en fin se debe a los celtas<sup>94</sup>. En el vol. I, pp. 321 ss., se dedica un capítulo entero a explicar por condicionamientos raciales el carácter del gallego: el celta es filósofo mudo, piensa, pero no formula los pensamientos; el ibero en cambio habla, pero no piensa. Esto es lo que le lleva a afirmar que los gallegos son un pueblo negado para la poesía, que es imposible la existencia de una

---

Todo el número I de este poema parece, de hecho, la evocación de la vida sencilla y patriarcal en uno de los «gahs» de que hablaba Vicetto.

<sup>80</sup> Según Vereá y Aguiar, Roade se llamaría antes Carn Roade, celta. En realidad, Roade recuerda a otros topónimos en -ade que son de genitivos latinos, como Arcade de Arcadii, Benade de Bene Nati, Doade de Donati. Probablemente, Vereá y Aguiar estaba pensando en el bretón *road* 'ofrenda', en que en ningún caso el diptongo puede ser tan antiguo como lo compartía con una palabra hispana prerromana, o en el topónimo *Roazon* (fr. Rennes), que < Redones. De todos modos *carn* es palabra gaélica, extrañamente puesta junto a otra británica. Claro es que para quien, como este autor, tiene el vasco por celta, tal distinción es cosa fútil.

<sup>81</sup> *Historia de Galicia*, vol. I, p. 22.

<sup>82</sup> ed. cit., p. 198.

<sup>83</sup> *Historia de Galicia*, ed. cit., vol. I, pp. 22 y 320.

<sup>84</sup> *Ibid.*, p. 23.

<sup>85</sup> *Ibid.*

<sup>86</sup> *Ibid.*, pp. 27, 34 y ss. En *El último Roade*, ed. cit., pp. 170, col. II; 195, col. I; 196, cols. I y II; 196, col. II; 256, col. II; 258, col. II; 259, col. I; 267, col. I se da a los montañeses gallegos la denominación de *highlands* (sic, y, contrariamente, a la región la de *Highlanders*). La oposición es importante, porque es como si la corrupción: «desdeñara las eminencias inaccesibles de nuestros higlands (sic) y sólo se cebara en las llanuras y los puertos de mar de nuestros lowhlande (sic)»<sup>196</sup>. También llama a los montañeses *maruxos* (259), pero todos los diccionarios consultados dan a esta palabra la acepción de 'habitante de la costa'. Estas ideas están más claramente en Martínez de Paladín, para quien sólo los montañeses son celtas.

<sup>87</sup> *Historias de Galicia*, ed. cit., vol. I, pp. 63 y ss. y 67.

<sup>88</sup> *Ibid.*, p. 76.

<sup>89</sup> *Ibid.*, p. 80.

<sup>90</sup> *Ibid.*, pp. 92-3.

<sup>91</sup> *Ibid.*, pp. 99 y ss.

<sup>92</sup> *Ibid.*, p. 115.

<sup>93</sup> *Ibid.*, p. 115.

<sup>94</sup> *El último Roade* añade a la lista la manteleta (ed. cit., p. 198, col. II) y la alborada (*ibid.*, p. 219, col. I); en la *Historia de Galicia* los considera de origen griego, pero puede ser que en esta novela el adjetivo *caláico* no deje de referirse a los caláicos posteriores a la colonización griega.

lirica popular gallega<sup>95</sup>. Claro, que más lejos<sup>96</sup> arremete contra Lope de Vega por decir lo mismo; que como ya hemos visto en varias ocasiones habla de baladas gallegas y que concede una función importante dentro del relato a las coplas populares en *El último Roade*. Vicetto es autor que a menudo se contradice<sup>97</sup>.

Entre esta serie de rasgos que dibujan el retrato del gallego eterno, hay dos de especial importancia.

El primero es la religión. Para Vicetto, la de los primeros pobladores, Túbal y sus hijos, era forzosamente la de su antepasado Noé, la religión adámica, la más perfecta. Esta religión se describe como un vago deísmo compaginado con la adoración a ciertos fenómenos naturales a los que se confiere un carácter simbólico. Entre los celtas que emigraron a Galia, la religión degeneró, por mezcla con los «kymry», de donde el druidismo. Pero en Galicia se mantuvo inalterable y únicamente depurada por el culto al sol de los griegos, llegados a Galicia buscando el punto donde el sol se ocultaba en el ocaso, y edificadores del Ara Solis de Finisterre, que no era sino una prefiguración de la eucaristía<sup>98</sup>. Por lo cual Santiago tuvo poco trabajo en predicar a convencidos en este principal altar solar, y más tarde en el principal bosque consagrado o lubre, el *lucus* de Lugo. Porque si los griegos adoraban al sol, los celtas a la luna<sup>99</sup>. En *El último Roade*<sup>100</sup> esta especie de religión natural parece atribuirse a las cualidades del suelo y el paisaje. Ciertamente que los simbólicos ritos de los celtas han degenerado, gracias a la nefasta influencia del clero cristiano, en burdas supersticiones<sup>101</sup>, pero en esto Galicia sigue viviendo «en pleno celticismo». La idea de que los celtas seguían la religión adámica no es nueva ni mucho menos, y arranca del concepto renacentista de «prisca theologia». Si se admite que una revelación es más

<sup>95</sup> Como un guante le vienen a estas afirmaciones de Vicetto las de Rosalía de Castro en el prólogo de *Cantares gallegos*, e incluso parecen escritas adrede contra ellas. El prólogo se abre precisamente con unos elogios a la poesía popular gallega y unas retóricamente modestas disculpas de la autora, que se confiesa incapaz de llegar a la altura de su modelo. No podemos dejar de pensar en Vicetto cuando Rosalía de Castro habla de este «pobo a quen moitos chaman estúpido e a quen quisáis xuzguen insensible, extraño á divina poesía», o dice «o noso dialecto dose e sonoro é tan apropiado como a pirmeiro para toda clase de versificación» (ed. de R. Carballo Calero, Madrid, Cátedra, 1984, pp. 39 y 40).

<sup>96</sup> *Historia de Galicia*, ed. cit., VI, p. 67.

<sup>97</sup> Afirma, por ejemplo, que la incapacidad para la lírica procede de un carácter racial, para luego atribuirlo al clima o a las condiciones geológicas del terreno (siguiendo en esto último a Nicomedes Pastor Díaz); en consecuencia, que él ha sido capaz de escribir muchos versos en Sevilla y Granada, pero ninguno en Galicia, a pesar de lo cual muchas de sus poesías están fechadas allí. Luego cuenta cómo reconoció en Gibraltar por su comportamiento a unos irlandeses, a los que esta vez el clima meridional no debía haber afectado. En *El último Roade* (Ferrol, Pita, 1867) afirma, en cambio, el genio poético de la raza, arguyendo la existencia de los trovadores (p. 148).

Vicetto no vacila, en ocasiones, en dar dos etimologías distintas, una griega y otra celta, para una palabra: no le arredra la contradicción.

<sup>98</sup> En cambio, en *Los reyes suevos de Galicia* hace de la heliolatría una herejía tardía, de época medieval. (Ed. cit., II, 128.)

<sup>99</sup> ¿Heredería de Vicetto esta idea Rosalía de Castro, cuando, en el poema «A la luna», de *En las orillas del Sar*, dice:

«Y que al tornar viajara sin reposo  
de nuevo a nuestras regiones,  
en donde un tiempo el celta vigoroso  
te envié sus oraciones, »...?

<sup>100</sup> Ed. cit., p. 170, col. I.

<sup>101</sup> *Historia de Galicia*, ed. cit., vol. I, p. 80.

válida cuanto más antigua, es, la de los pueblos que provienen directamente de la dispersión babilónica, lo será más que la de Moisés. De ahí que no es extraño que un neohermético como Giordano Bruno considere a los druidas como «prisci theologi», y que uno de sus discípulos ingleses, Alexander Dicson, en un diálogo filosófico, introduzca un interlocutor llamado Teutates, nombre, como es sabido, de una deidad de los galos<sup>102</sup>. La tradición del druidismo patriarcal es larga y fecunda en Inglaterra<sup>103</sup>, especialmente en el romanticismo, y vía Blake llega hasta nuestros días. En Francia recordemos los druidas que aparecen en *L' Astrée*, de Honoré d'Urfé. Insistamos en que, sin embargo, la *Historia de Galicia* distingue entre religión céltica y druidismo.

El otro de los rasgos es el idioma. Evidentemente, el idioma de Túbal y familia era el caldeo<sup>104</sup>. Luego viene el brigantino, que por evolución se diferencia algo del tuvalita<sup>105</sup>, que esta vez ya no es el caldeo, sino el hebreo (¿serían una sola cosa para Vicetto?). Como el celta es también el idioma tuvático<sup>106</sup>, viene a ser muy parecido al brigantino<sup>107</sup>, de donde se deduce que el celta es caldeo o hebreo o las dos cosas. Más tarde se nos dirá que el celta es un hebreo modificado por la larga estancia de los brigantinos en Galicia<sup>108</sup>. Sin embargo, a pesar de los años transcurridos, en las montañas de Galicia —dice Vicetto— se conserva.

Al tratar de la época de Domiciano<sup>109</sup>, Vicetto nos habla de la existencia del plurilingüismo en Galicia. Se hablaban allí, naturalmente, el céltico y el celti-griego; pero, además, el latín, «idioma oficial» y «el general o más popular que era el que se componía de frases célticas, griegas y latinas, constituyendo nuestro verdadero idioma gallego aún hoy, enriquecido más adelante con las voces introducidas por los suevos y godos». Es muy interesante el papel que asigna Vicetto al latín, semejante en todo al que en la suya jugaba el castellano (como el idioma oficial era el latín, los gallegos escribían en él y no en gallego; del mismo modo Vicetto apenas concibe una práctica literaria de un idioma que no sea el oficial). Pero el latín lo que hace es engarzar términos latinos en el dialecto patrio, que puede, sí, ser enriquecido, pero permanece esencialmente igual. Luego el latín se convierte en «una jerigonza de céltico, latín, vándalo y suevo»<sup>110</sup>, pero las capas sociales más bajas siguen conservando sus dialectos originales<sup>111</sup>. Así, llegado el siglo X, el panorama lingüístico de la península es de gran riqueza:

- a) los «idiomas oficiales»: el latín, el germano y el árabe;
- b) hebreo, caldeo y varios dialectos de las lenguas semitas;
- c) el provenzal, compuesto de latín y germano;
- d) el vasco o celtibero, que proviene de la mezcla del de los descendientes de Brigo con el de los de Iber (hijos de Túbal ambos);
- e) una habla enteramente nueva, formada de latín y árabe;
- f) el habla galaica, formada de celta, fenicio, griego, latín y germano, y de la cual

<sup>102</sup> Cf. Frances Yates, *Giordano Bruno and Hermetic Tradition*, pp. 263-4.

<sup>103</sup> Stuart Piggott, op. cit., pp. 122 y ss., 146 y ss.

<sup>104</sup> *Historia de Galicia*, ed. cit., vol. I, p. 7.

<sup>105</sup> *Ibid.*, p. 24.

<sup>106</sup> *Ibid.*, p. 11.

<sup>107</sup> *Ibid.*, p. 16.

<sup>108</sup> *Ibid.*, p. 93. Pero en la misma página se niega la afinidad del hebreo con el celta.

<sup>109</sup> *Ibid.*, vol. II, p. 128.

<sup>110</sup> *Ibid.*, p. 205.

<sup>111</sup> *Ibid.*, pp. 259-60.

derivaron después el portugués y el castellano<sup>112</sup>. En esta idea de que el castellano, como el portugués, es dialecto del gallego insistirá más veces, presentando unas frases supuestamente pronunciadas por Alfonso VI que están en gallego<sup>113</sup>. Carballo Calero<sup>114</sup> presenta un poema de Vicetto «en castellano del siglo XII», que realmente está en gallego<sup>115</sup>.

Ni que decir tiene que la idea del parentesco del celta con el semita tampoco es original. Mayans, en sus *Origenes de la lengua española...*<sup>116</sup> advierte que tanto el celta como el antiguo español eran dialectos del púnico. Y Masdeu afirmaba que el dialecto tubalita era el celta, aunque, no como Vicetto, aseguraba que pervivía en el vasco<sup>117</sup>. El parentesco entre celta y semita era, por supuesto, moneda corriente fuera de la Península desde hacía mucho tiempo. En Gran Bretaña era tradicional desde el Renacimiento. Lo sostuvo el gran humanista galés John Davies, autor de una gramática y un diccionario de ese idioma<sup>118</sup>. En Inglaterra defendieron esta idea Sammes en su *Britannia antiqua illustrata* (1676) y Stukeley en su edición del famoso *Britannia* de Camden. Que Camden era leído en Galicia lo sabemos, por lo menos, por Cornide, en su disertación sobre las Casitérides, que publica Vicetto en apéndice a la *Historia de Galicia*. También John Cleland, más famoso como autor de la novela *Fanny Hill*, se ocupó del asunto<sup>119</sup>. En las islas británicas hubo también un equivalente del tubalismo, el gomerismo, porque de la dispersión de Babel el que llegó a aquellas playas fue Gomer. La semejanza fónica entre Gomer y Cymru, cimbrí y cimmerici, facilitó las cosas. En Francia Dom Pezron expresará las mismas ideas en un libro llamado *Antiquité de la nation et de la langue des Celtes, autrement appelez Gaulois*<sup>120</sup>, y también más tarde, el famoso abate revolucionario Grégoire<sup>121</sup>. En Galicia fue discretamente gomerista Martínez de Padín.

Vicetto escribió casi siempre en castellano. Carballo Calero<sup>122</sup> cita de él en gallego dos romances y otro poema. *El último Roade* incluye también un diálogo bastante extenso en prosa que no ha merecido la atención de aquel autor. Tampoco lo encontramos en la completa antología *Prosa galega*<sup>123</sup>. Vicetto, en nota, se disculpa

<sup>112</sup> *Ibid.*, vol. VI, p. 105.

<sup>113</sup> *Ibid.*, p. 377.

<sup>114</sup> *Op. cit.*, *ibid.*

<sup>115</sup> Idea extraña, pero pertinaz, porque todavía Castelao, en *Sempre en Galiza*, señala su existencia: «Nós non decimos que o castelán sexa o galego moderno, como acabo de leer n-un periódico» (Madrid, Akal, 1976, p. 287).

<sup>116</sup> Seguimos la edición de Madrid, 1873, con un prólogo de Hartzenbusch y notas de Eduardo de Mier. Mayans (p. 365) coincide en bastantes de sus ideas con Vicetto: la anterioridad de la lengua tubálica a las demás (si bien trata el asunto con bastante ironía), el plurilingüismo de época prerromana, el que el vasco no haya sido nunca lengua general de España. Mayans no sabe que el gaélico y el britónico están emparentados, y siguiendo a José Escaligero les da el carácter de lenguas matrices; tampoco conoce el parentesco de una y otra con el celta antiguo.

<sup>117</sup> Cf. Antonio Tovar, *Mitología e ideología sobre la lengua vasca*, Madrid, Alianza, 1980, p. 198.

<sup>118</sup> Cf. Ceri Davies, *Latin Writers of the Renaissance*, Cardiff, University of Wales Press, 1981, pp. 27 ss.

<sup>119</sup> Para los autores ingleses, cf. Stuart Piggott, *op. cit.*, especialmente p. 148.

<sup>120</sup> Cf. Bernard Tanguy, *Aux origines du nationalisme breton*, Paris, Unión générale d'Etisations, 1977, vol. I, pp. 265 ss.

<sup>121</sup> Cf. su famoso discurso sobre la instrucción pública. Puede leerse en Renée Balibar, *Burguesía y lengua nacional*, Barcelona, Avance, pp. 179 ss.

<sup>122</sup> *Op. cit.*, *ibid.*

<sup>123</sup> Sí lo cita J. Rubia Barcia, en *Mascarón de proa*, Sada, Castro, 1983, p. 158.

de haber empleado el idioma gallego: «Ponemos esta conversación en el dialecto *patois* de aquellas montañas, porque lo creemos muy adecuado á este capítulo de nuestra obra, y porque creemos que habrá pocos que no lo entiendan»<sup>124</sup>. Sin embargo, el problema del idioma le parece importante y propone medidas para su conservación<sup>125</sup>.

Es, pues, evidente que Vicetto siente la necesidad de atribuir la esencia inmortal de lo gallego a los celtas; para eso debe primero identificar a unos y a otros, y no hay más remedio que suponer a los celtas originarios de Galicia, porque la totalidad de la galleguidad no puede ser consecuencia de una invasión. Por otro lado, lo que, perteneciendo a la civilización céltica, no cuadre con la idea de Vicetto, es sencillamente eliminado (poesía, druidismo). Si se miran los periodos en que se divide la *Historia de Galicia*, se observa que el correspondiente a los celtas lleva el significativo título de «nacionalidad céltica». Los siguientes incluyen los sustantivos: explotación, colonización, invasión, conquista. La idea de Vicetto es la de una nación formada ya en tiempos de los celtas, de los primeros pobladores del territorio, que resiste tenazmente a una serie de oleadas intrusas incapaces de destruir su identidad<sup>126</sup>. Especialmente significativa para esto la invasión de Kern Torriben<sup>127</sup> y sus galos, totalmente asimilados por los celti-griegos, como hemos visto. Dice Vicetto que «siendo Galicia un reino tan importante, con nacionalidad propia desde los celtas», el lector se sorprenderá al verla incorporada a la corona de Castilla<sup>128</sup>. Más claramente aún, dos páginas más allá: «el nombre de Galicia, cuyo nombre debe a la nacionalidad céltica que la constituyó tal.» ¡Qué la constituyó tal!

Así, nada tiene de extrañar la simpatía de Vicetto por personajes que, como los irmandiños o el mariscal Pedro Pardo de Cela de *Los hidalgos de Monforte* o el maestro Pita de *El último Roade*, persiguen la independencia de Galicia, unida a formas democráticas en lo político (puesto que la esencia céltica de la nación reposa para Vicetto en los municipios, siendo la nobleza y alto clero de origen germano, y, lo que es peor, en muchos casos de origen godó, y por lo tanto extranjero, habiendo sido desplazada la nobleza sueva), su admiración, varias veces expresada, por los sublevados de 1846 (más nobles que los propios celtas del monte Medulio), y su solidaridad con las aspiraciones de otros pueblos sentidos como hermanos: «Téngase en cuenta la conspiración hoy de los *Fenians*, descubierta en Inglaterra para la emancipación de Irlanda. Igual espíritu de independencia fermenta en el corazón de los hijos de Gاليا; al que su literatura da una forma hasta ahora vaga»<sup>129</sup>. Es interesante la idea de que la literatura tiene una función en el movimiento de emancipación nacional. En *El último Roade*, el maestro Pita se desespera porque es

<sup>124</sup> Ed. cit., p. 273.

<sup>125</sup> *Historia de Galicia*, ed. cit., vol. VII, p. 519.

Hay que añadir las canciones populares de *El último Roade* y los epígrafes, supuestamente extraídos de una crónica, de *El caballero de Calatrava*.

<sup>126</sup> En *Los reyes suevos de Galicia* (passim) es la unión gali-sueva el origen de la nación gallega, y esta idea la expresa también Murguía en *Los precursores*, ed. cit., p. 19.

<sup>127</sup> Torriben, como dice Vicetto, es el bretón *torr e ben*, «rómpele la cabeza». El anticuario bretón La Tour d' Auvergne, en sus *Origines gauloises*, publicadas a principios del siglo pasado, dedica un capítulo al estudio del, al parecer, famoso proverbio: «Quam terribiles sunt britones quando dicunt: Torr- é-benn.» (Cf. Tanguy, op. cit., p. 269.) Evidentemente, ningún caudillo galo se pudo llamar de tan pintoresca manera, porque la frase está en bretón moderno, como prueba, sin ir más lejos, la lenición y la pérdida de las sílabas finales.

<sup>128</sup> *Historia de Galicia*, ed. cit., vol. IV, pp. 295-6.

<sup>129</sup> *Ibid.*, vol. I, p. 175.

eso, un simple maestro de escuela en una aldea perdida en las montañas, y su humilde oficio le impide trabajar con gran provecho por la independencia de Galicia. «Si hubiera sido escritor, arrostraría con gusto toda clase de deportaciones, después de haber *infiltrado* su idea en el país ya en los editoriales de un periódico, ya en los cuadros amorosos de la novela histórica que recordaran los tiempos de la monarquía sueva, ó las tentativas que hiciera el país por recobrar su independencia desde que, agrupando sus huestes aguerridas e indomables bajo la enseña de don Pelayo, éste había hecho del territorio de los fieros caláicos la alfombra de su reinado...»<sup>130</sup>. Esto es un autorretrato de Vicetto, lo que nos muestra que los «miseros narradores» no le parecían gente tan inerte como dice en la *Historia de Galicia*. Al contrario, tenía de su función dirigente una idea exagerada. Al menos, así nos lo presenta Murguía: «Toda su gloria daba por ser el primero en la generosa cruzada por él emprendida»<sup>131</sup>. Cuando por primera vez leyó *Los hidalgos de Monforte*, «fue su autor para el neófito, un revelador y un profeta»<sup>132</sup>. La entusiasta acogida que tuvo el libro indica que no debió ser Murguía el único lector que tuviese este sentimiento<sup>133</sup>. En el relato de su famosa entrevista con Vicetto, lo pinta como un corazón enormemente «lleno de sí mismo», convencido de su «derecho de jefe y de maestro», y que «tenía todas las condiciones de un visionario y de un estático (sic)»<sup>134</sup>. Hablaba como «señor y caudillo»<sup>135</sup>. «La verdad es que creyendo que tenía un destino providencial que llenar, preguntaba á los que dudaban, no tanto de la realidad de su misión como de sus éxitos:

—Si derribáis este ídolo —insensatos!— á quién ponéis en mi lugar?»<sup>136</sup>.

Aunque sospechosas precisamente por venir de la pluma de Murguía, estas opiniones parecen exactas. A lo largo de la *Historia de Galicia* surge con frecuencia Vicetto explicando la misión que le incumbe. El libro empieza con las siguientes palabras: «emprendo un trabajo de mucha importancia literaria», que es la de «llegar á dotar á mi país de una historia, propiamente dicha, ya que no tiene ninguna» —digamos de paso que Vicetto parece confundir la historia con la ciencia que la estudia—. «Voy, pues, á llenar ese sublime objeto» —se pregunta algo después. Y nos advierte que este trabajo es una lucha cruel, un verdadero martirio, pero que a la vez ensalza al que entabla la lucha por encima de los demás mortales. Estas ideas se repetirán ampliamente en el libro<sup>137</sup>. Desde luego sí, como dice Benveniste, la tercera persona caracteriza a la narración frente a la primera, que es la persona del discurso, así como el presente es el tiempo del discurso<sup>138</sup>, la *Historia de Galicia* está lejos de ser, como pretende su autor, una obra narrativa y sí es puro discurso, porque la primera persona siempre acaba por aparecer.

<sup>130</sup> Ed. cit., p. 258, col. II. La edición de la Biblioteca de El Brigantino, Ferrol, Pita, 1867, incluye las obras pedagógico-literarias del maestro Pita que, como Victor Basben, se convierte en máscara del propio Vicetto.

<sup>131</sup> *Los precursores*, ed. cit., p. 233.

<sup>132</sup> *Ibid.*, p. 234.

<sup>133</sup> Cf. Fort y Roldán, op. cit., pp. 23 ss., a lo que podrían añadirse más datos.

<sup>134</sup> Murguía, op. cit., p. 237.

<sup>135</sup> *Ibid.*, p. 239.

<sup>136</sup> *Ibid.*, p. 249.

<sup>137</sup> *Historia de Galicia*, ed. cit., prólogo; vol. I, pp. 45, 89, 199, 229, 277, 284-6; vol. II, pp. 66, 249-50, 299-301; vol. III, pp. 13-14, 196; vol. IV, pp. 330-2; vol. V, pp. 27-8, 98, 137, 235-6, 252-3, 286 ss.; vol. VI, pp. 30-1, 93, 243; vol. VII, pp. 239 ss., 296-7, 394-5, 517 ss. Podrían añadirse otros pasajes más en ésta y otras obras.

<sup>138</sup> Cf. Gérard Genette, «Frontières du récit», en *Figures II*, París, Seuil, 1979, pp. 62 ss.



Aunque la *Historia de Galicia* tuvo una gran acogida, como indican las críticas aparecidas en la prensa de la época, jóvenes como Murguía, que se habían entusiasmado con *Los hidalgos de Monforte*, fueron ante ella fríos, y más tarde crueles<sup>139</sup>. Pero lo que no le negó Murguía a Vicetto fue su papel de precursor, el «haber tenido la verdadera intuición de la Galicia que necesitamos»<sup>140</sup>. Esta idea heredarla Risco cuando dice que Vicetto inventó «*a simbólica da renacemento galego*»<sup>141</sup>.

Otro documento interesante es una carta dirigida por Vicetto a Murguía<sup>142</sup>. En ella lo invita a colaborar en su periódico *El Clamor de Galicia*, y le dice que en Galicia hay una misión para los dos, que hay que cumplir, aunque sea una misión de martirio. Lo curioso es que Vicetto se expresa exactamente igual que sus personajes. Se refiere a los que están dispuestos a luchar por Galicia como «Los hermanos de Galicia», da el tratamiento de hermano a Vicetto y le exige el mismo: da la impresión de que se cree el mariscal Pardo de Cela de su propia novela.

La frontera entre lo literario y lo real no parece estar clara del todo para Vicetto<sup>143</sup>. Ya Murguía había hecho notar que tarde o temprano, Vicetto acaba por introducirse en todas sus novelas, que personajes y episodios tienen mucho de su propio carácter y de su propia vida. Ya lo hemos visto en *El último Roade*. Es sabido que escribió una novela autobiográfica, *Victor Basben*, más tarde *Amores del conde de Basben*, de la cual dice Murguía que es la menos autobiográfica de sus novelas, porque se pintó como querría haber sido, y no como en realidad fue<sup>144</sup>. También asegura ser capaz de dar su nombre real a todos los personajes, y no sólo en ésta, sino en otras novelas: sin embargo, se guarda de hacerlo. El artículo sobre Vicetto en *Los precursores* es en este sentido altamente frustrante, porque Murguía en muchas ocasiones oculta al lector por diversos motivos información que dice poseer.

Murguía insinúa varias veces que la desventura de Vicetto consistió en no saber distinguir entre ilusión y realidad, que ésta, en particular, fue la causa del naufragio de su amistad —que existió mientras se mantuvo puramente literaria, epistolar— en cuanto se produjo la primera entrevista, en cuanto el Murguía real vino a desterrar al que Vicetto imaginara. Sin duda, como en el caso de Galicia, Vicetto había tenido la intuición —no verdadera esta vez— del Murguía que necesitaba su causa, y es evidente que Murguía no tenía el tipo del apóstol deseado por Vicetto.

Está claro que este yoísmo (por usar una palabra de que también Vicetto se sirvió) tiene que ver con la función social que se autoasignaba, la de poeta director de la patria y de la sociedad hacia su emancipación, desbrozando caminos que a menudo son caminos de abrojos sin rehusar un sacrificio en que reside una alta gloria.

<sup>139</sup> Murguía, op. cit., p. 250 n. O Saralegui, que afirma en *Galicia y sus poetas* que Vicetto tenía una «absoluta falta de preparación para la historia».

<sup>140</sup> *Ibid.*, p. 244.

<sup>141</sup> Op. cit., n. 53, p. 88, col. II.

<sup>142</sup> La recoge Josefina López de Serantes, op. cit., p. 116, del trabajo de Juan Naya publicado en 1950 en la revista argentina *Hospital Gallego*.

<sup>143</sup> Es interesante la coincidencia en muchos aspectos del novelista gallego con Stendhal. Caracteriza así a este autor Genette, en «Stendhal», *Figures II*, pp. 155-193: «relation équivoque entre l' 'auteur' et son 'oeuvre'; difficulté de séparer le texte littéraire des autres fonctions de l'écriture et du graphisme; emprunts de sujets (...); forte relation thématique d'une oeuvre à l'autre, qui compromet l' autonomie, et par là même l'existence de chacune d'elles; confusion du discursif et du narratif (...) transgression constante, et exemplaire, des limites, des règles et des fonctions apparemment constitutives du jeu littéraire» (191). Todos estos rasgos coinciden con los que hemos visto en Vicetto.

<sup>144</sup> Op. cit., pp. 253 ss.

Ciertamente esto no deja de ser típico del romanticismo; pero Vicetto se lo creía al pie de la letra; llamativo contraste el de esta idea con lo gris de su biografía de funcionario.

Tan en serio se tomaba su misión profética que dio en apóstol de una nueva religión. Tan indiscriminables debían de ser para él sus ideas —como él dice— cronoteosóficas del «cuerpo de su historia» (y, por lo tanto, como hemos visto, del resto de su obra), que por no eliminar unas páginas de interés histórico prácticamente nulo expuso su obra a quedar inconclusa y al pobre editor a una considerable pérdida económica<sup>145</sup>. Este gesto parece absurdo, pero, sin duda, para Vicetto la misión era única y suponía acabar con el cristianismo entonces imperante en Galicia, que era, por un lado, considerado por él como un instrumento de opresión, y, por otro, como un retroceso con respecto a la religión natural de los celtas. Aunque no lo dice explícitamente, es fácil que pensase que esa religión era precisamente la del tiempo, ya que se trataba de una mística adoración del Ser Supremo simbolizado por la naturaleza, y para Vicetto no hay más Ser Supremo que el Tiempo.

Vicetto fue, pues, un personaje paradójico. Para Murguía, para Risco, representaba el tipo del romántico. Sin embargo, en la *Historia de Galicia* muchas veces no hace más que recoger las ideas de los pensadores ilustrados. Sus ideas lingüísticas más se asemejan a las del siglo XVIII que a las del romanticismo. Ignora, por ejemplo, la lingüística indoeuropea, la gramática comparada; carece del concepto de ley lingüística y su idea de la evolución de la lengua es de lo más peregrino<sup>146</sup>. Le preocupan cuestiones que habían sido polémicas en el siglo anterior, como la localización de las Casitérides, el origen de la Torre de Hércules o la etimología del nombre de La Coruña. A menudo parece, más que un precursor, más que el primer historiador moderno de Galicia, el último de los antiguos. Sin embargo, literariamente supo ir más allá del romanticismo: sus poesías, que se parecen a las del círculo becqueriano, se publicaron en el *Semanario Popular* de Augusto Ferrán<sup>147</sup>, y no es raro encontrar rasgos becquerianos en su prosa, especialmente en la *Historia de Galicia*<sup>148</sup>. Claro que la prosa de las *Leyendas* también arranca de las baladas románticas. Si no el descubridor del «celtismo» (término que para Vicetto abarca la existencia de los celtas, su cultura y el conocimiento de ambas), gloria que reconoce a Vere y Aguiar,

<sup>145</sup> Dos veces quedó interrumpida la *Historia de Galicia*. La inconclusión (pensemos también en el *Album de un viaje por Galicia*), el cambio de títulos para las mismas obras, el juego de escondite entre el autor y el lector, la afición a la máscara (Victor Basben, Pita), son otros tantos elementos característicos también de Stendhal según Genette.

<sup>146</sup> Y anacrónico. Por ejemplo, en la citada edición de Mayáns, que es contemporánea de la *Historia de Galicia*, Eduardo de Mier, en sus notas, tiene una idea muy clara del Indoeuropeo, de la pertenencia a este del celta y de su división en gaélico y britónico. Sabe que el «kemri» (por cymracg) es el galés. Sólo es confusa su utilización del término *gaélico*, que a veces se refiere al gaélico y otras al celta en general. Martínez de Padín ya encajaba a los celtas entre los indoeuropeos.

<sup>147</sup> Cf. J. M. de Cossio, *Cincuenta años de poesía española*, Madrid, Espasa-Calpe, 1960, p. 1.049. Algunas de ellas, sin embargo, son esproncedianas o del género legendario.

<sup>148</sup> En *El último Roade* (ed. cit., p. 197, col. II), cuando leemos: «Una emoción tristesísima, un frío glacial que parecía penetrar en su pecho como la hoja agudísima de un puñal», no podemos sino pensar en los famosísimos versos «cuando me lo contaron sentí el frío / de una hoja de acero en las entrañas.»

En *Historia de Galicia*, ed. cit., II, 252: «Qué hacer, pues, sino arrojarnos en brazos de las hadas, como lo hacemos, y salvar ese abismo ó lago?» O las frecuentes «ondas de luz», «ondas de oro del Tiempo». Rasgos así pueden encontrarse en casi todas sus obras. Para el becquerianismo de Vicetto, cf. también J. Rubia Barcia, op. cit., p. 158.

fue uno de sus mayores popularizadores; pero se trata de un extraño celtismo, como vemos; racista, pero profundamente anti-indoeuropeísta. Inventor de la simbología del renacimiento gallego, arremete, sin embargo, contra muchos de los que luego serán mitos indiscutibles de autores posteriores (y hay que reconocer que a menudo acierta Vicetto, como cuando afirma que el pensamiento de Prisciliano tiene origen oriental). Prisciliano, pues, el monte Medulio, la creencia de los celtas en la sacralidad de Limia / Leteo, la predisposición racial de los celtas (y, claro, de los gallegos por ende) para la lírica son algunos de ellos. Así que esta simbología, de que Risco se siente -creemos que con razón- heredero, hubo de modificarse de modo importante hasta alcanzar a los autores de principios de este siglo.